

Diego Arboleda * Ana Campoy * Leticia Costas
Patricia García-Rojo * El Hematocrítico

FANTASMADA

Ilustraciones de Eugenia Ábalos



ANAYA

1.ª edición: octubre de 2021

© Del texto: Diego Arboleda, Ana Campoy, Leticia Costas,
Patricia García-Rojo y El Hematocrítico, 2021
© De las ilustraciones: Eugenia Ábalos, 2021
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2021
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.es
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

ISBN: 978-84-698-8875-9
Depósito legal: M-23398-2021
Impreso en España - Printed in Spain



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Índice

1. Pacto fantasmal en la Biblioteca Nacional 9
Diego Arboleda
2. Demasiado grande, demasiado pequeño 49
Ana Campoy
3. Las tinieblas de Vigo 101
Leticia Costas
4. Canción para Marina 149
Patricia García-Rojo
5. Mudanza macabra 197
El Hematocrítico





Pacto fantasmal en la Biblioteca Nacional

Diego Arboleda



1

Este relato es básicamente una historia de libros y fantasmas, pero su comienzo en realidad es una fórmula, una fórmula sencilla que atañe a cuatro elementos. Se podría resumir así: $A + B - C = D$.

El elemento A: la Biblioteca Nacional.



La Biblioteca Nacional es una institución fundada por el rey Felipe V a comienzos del siglo XVIII. Es el centro depositario oficial del Patrimonio Bibliográfico y Documental de España, custodiando más de 26 millones de publicaciones, muchas de ellas de incalculable valor.

El elemento B: Sira.

Sira, líder del equipo del Triángulo Azul, es una amante de los libros, en especial del manga y la cultura japonesa. El equipo



del Triángulo Azul fue fundado a principios del siglo XXI por el maestro de la clase para competir con el equipo del Círculo Rojo. En la anterior excursión que hicieron con el colegio, los alumnos se portaron tan mal que no les dejaron pasar del *hall* de la biblioteca. Esta vez el maestro se inventó esta competición: tenían que portarse lo mejor posible, con la mayor educación y que les de-

jaran pasar a diferentes lugares. Como reto tenían que llevar su insignia, el círculo o el triángulo, al lugar más especial al que consiguieran llegar de la Biblioteca Nacional.

Era un reto que Sira y el equipo del Triángulo Azul deberían haber ganado, de no ser por el elemento C.

Elemento C: Ezequiel.

Ezequiel, líder del equipo del Círculo Rojo, pidió a su padre que le imprimiera un pañuelo con el círculo en el centro. Se lo ató en la frente con clara intención de hacer el gamberro y lanzarse una y otra vez contra el resto de sus compañeros, asegurando ser un kamikaze. Eso debía haberle llevado a la derrota. Pero uno de los bedeles lo vio, y le dijo:

«¿Hola, te gusta la cultura japonesa?». Y Ezequiel respondió *sayonara*. Que encima significa adiós. Y el bedel, que sí era fan de todo lo japonés, sacó del bolsillo un pañuelo con la bandera japonesa, se lo puso también en la cabeza,

e hizo pasar a Ezequiel a la sala de lectura y lo subió al punto más destacado, sobre uno de los viejos relojes que hay en las esquinas. Donde no llegaban nunca las visitas.





Sira sintió una gran rabia por dentro. Ella era la amante de los libros y la cultura japonesa.

El bedel se entusiasmó y susurró al oído de Ezequiel: *banzai*. Gran error. Al momento, Ezequiel convirtió ese susurro en un grito. *BANZAI*, aulló con todas sus fuerzas en una sala donde debe reinar el silencio. La encargada de la sala sacó con contundencia a Ezequiel y a un asustado bedel, que veía su puesto peligrar en un claro caso de *sayonara* laboral.

Pero el daño ya estaba hecho. El equipo del Círculo Rojo había ganado la competición.

Volvamos a la fórmula $A + B - C = D$.



La excursión había terminado y la clase estaba enfrente de la Biblioteca Nacional, junto a la verja, en el paseo de Recoletos. El equipo del Triángulo Azul esperaba sentado, desanimado. Ninguno tenía sus triángulos azules cerca. Todos los habían tirado ya a alguna papelería.

Podría parecer que esa D de la fórmula es una D de derrota. Pero no, entre otras cosas, porque las letras están puestas en orden alfabético, no por ser la inicial de nada. Resolvamos la fórmula:

El elemento A, la Biblioteca Nacional, tiene dos cúpulas con sendas ventanas. En una de esas cúpulas, en concreto en la de la derecha, el elemento B, Sira, vio un fantasma.

Y el fantasma la vio a ella. Se dio cuenta de que Sira lo había visto.

E hizo un gesto para que subiera hasta allí.

El gesto del fantasma es importante por varias razones. La primera de ellas es que aquella figura, de un hombre anciano rodeado de un aura blanquecina, se arrancó un brazo y lo agitó con el otro para llamar la atención de Sira.

Al ver ese gesto, Sira señaló hacia la cúpula con cara de sorpresa.



El elemento C, Ezequiel, miró hacia donde señalaba Sira y no dijo nada. Él no veía el fantasma. Solo Sira.



$$A + B - C = D$$

Antes te he dicho que las letras de la fórmula no son iniciales, pero lo cierto es que el resultado del elemento D sí comienza por D. Es la frase que Sira le dijo a su amiga Ade, miembro de su equipo. Resolvamos la fórmula:

$A + B - C =$ Dame una hoja y un lápiz azul y estate atenta a esa ventana.

2

El fantasma esperaba a Sira en el impresionante *hall* de la biblioteca.

Sira se acercó a él, y decidió mantener una distancia prudencial. Aunque le resultaba difícil medir cuál era la distancia prudencial ante un fantasma.

—No te asustes, por favor —la tranquilizó el anciano—.

Permíteme presentarme: soy Servando Crípticus, alquimista y bibliotecario.

—Y fantasma —añadió Sira.

—Sí, eso también.

Nadie parecía fijarse en aquel anciano fantasmagórico.



—¿Solo puedo verte yo?

—Eso es —confirmó el fantasma—. ¿Te parece que alguien más me vea?

—¿Cómo sé que no es un truco? —desconfió Sira, mientras miraba a su alrededor—. Que la gente no está disimulando...

Servando Crípticus se acarició la barba un segundo. Después preguntó:

—¿Disimularía la gente al ver esto?

Cogió su propia cabeza con las dos manos, y la dejó en el suelo.

Desde el suelo, la cabeza de Crípticus comentó:

—Llevas una bota de cada color.

Sira no respondió. No estaba acostumbrada a hablar con cabezas separadas de su cuerpo.

Servando Crípticus devolvió la cabeza a su sitio original y siguió hablando como si nada:

—En mi época hubiese sido peligroso. Solo las brujas vestían así. Resulta raro.



Sira salió de su estado de sorpresa:

—No más raro que separar la cabeza del cuerpo —replicó.

—Sí, cosas de la Inquisición —respondió el fantasma—. Bueno, y del sabio Horacio, que decía *prodesse et delectare*. ¿Sabes latín?

—No.

—Significa «Enseñar deleitando». Le hice caso y quise enseñar a las autoridades que la alquimia no era magia negra —explicó Crípticus—. Les mostré al tribunal de la Inquisición mis investigaciones más impresionantes, para que se deleitaran. Pero no se deleitaron.

—Es que así, de entrada, no parece una buena idea... —comentó Sira, por decir algo.

—Ay, no lo fue —suspiró Crípticus—. Me cortaron la cabeza y los brazos.

—Lo siento mucho.

—Más lo siento yo. Pero ya me he acostumbrado.



—Entiendo... —Sira bajó la voz y susurró—: y desde entonces vagas por la Biblioteca Nacional buscando venganza.

—¡Para nada! —exclamó Crípticus ofendido—. Además, no me gusta esa expresión aplicada a los fantasmas. Vagar. Suena a hacer el vago. Los fantasmas tenemos mucho trabajo.

El anciano no parecía peligroso. Y Sira recordó que tenía un objetivo, una misión. Llevar el Triángulo Azul al lugar más especial de la Biblioteca Nacional.

—¿Trabajas en esa cúpula? —preguntó—. Necesito que me lleves allí.

—Antes tendrás que ayudarme —le advirtió Servando Crípticus—. *Quid pro quo*. «Tú me ayudas y yo te ayudo».

Sira dio un paso atrás. No sabía si podía confiar en ese fantasma y sus frases en latín.

—¿Quieres que te ayude a vengarte!? —se alarmó Sira—. ¡No pienso cortarle nada a nadie!

—¡Pero qué obsesión con vengarse tiene esta chica! —Crípticus juntó las palmas de las manos y con los dedos así, juntos, señaló a Sira—.



No, quiero que me ayudes a hacer un regalo. Es el cumpleaños de la Emperatriz de los Fantasmas. Los miembros de su Consejo Superior tenemos que regalarle algo especial.

—¿La Emperatriz está aquí? —desconfió Sira una vez más—. No puedo verla.

—No está aquí. Está en su lujoso palacio. En su sala de suelos de lapislázuli y columnas crisoelefantinas.

—¿Por qué tienes que decir esas palabras tan complicadas? —se quejó Sira—. A mí lapislázuli me suena a lápiz azul y crisoelefantina a algo de elefante...

—El lapislázuli es una gema, una piedra preciosa, muy bella y valiosa. Y crisoelefantino significa que está hecho de oro y marfil.

—Pues no sé cómo voy yo a ayudarte a hacerle un regalo a alguien que tiene un palacio así.

—Yo tampoco lo sé. Pero sí sé que puedes. Estás destinada a ayudarme. Todos los años, en el cumpleaños de la Emperatriz, se me permite salir y mostrarme. Pero solo me ve la persona que puede ayudarme. Es tu destino. Si me has visto, es que puedes ayudarme.



Sira no acababa de entenderlo. Pero al fin y al cabo estaba hablando con un fantasma.

—¿Y qué ganas tú con eso? —le preguntó.

—La Emperatriz valora lo especial, lo original. Si le gusta mi regalo, me premiará. Y podré tener el puesto de fantasma fijo aquí en la biblioteca.

—¿Quieres vagar para siempre en esta biblioteca?

—Vagar, no, qué manía —refunfuñó Servando Crípticus—. Estar aquí, entre libros.

—De acuerdo —accedió Sira—. Y tú me llevarás hasta la cúpula y me ayudarás a asomarme a la ventana.

Crípticus se arrancó el brazo y lo extendió hasta Sira ofreciéndole la mano. La distancia de seguridad a la que Sira se había colocado era justo dos brazos de fantasma.

Sira estrechó la mano de Servando Crípticus. Estaba fría, pero no tan fría como ella había imaginado.



—¿Cómo te llamas? —preguntó el fantasma.

—Sira.

—Tenemos un trato, Sira. *Pacta sunt servanda*.

¿Sabes lo que significa?

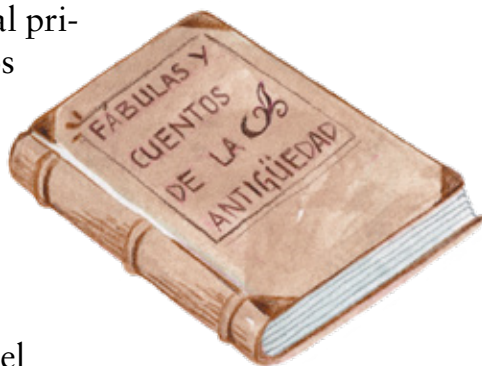
—¿Pacto con Servando?

El fantasma sonrió:

—No, significa «Los pactos son para cumplirlos». Pero me caes bien, Sira.

Servando miró a su alrededor y se acercó al primer carro de libros que encontró.

Extrajo uno de ellos y lo examinó. El título era *Fábulas y cuentos de la antigüedad*. Pero el



título no pareció importar a Crípticus. Lo miraba calculando sus dimensiones. Lo comparó con la cabeza y los hombros de Sira y dictaminó:

—Este valdrá. Junta los pies.

Sira juntó los pies. Servando Crípticus abrió el libro por la mitad, y lo colocó sobre la cabeza de la niña. Lo dejó caer. Las páginas absorbieron a la niña, de la cabeza a las botas de diferente color, y Sira desapareció en el interior del libro. En ese libro, como el genio en la lámpara, quedó encerrada.

Cinco cuentos, cinco autores, cinco ciudades y MUCHOS FANTASMAS.

Cinco de los autores más relevantes de la literatura infantil española se reúnen en este libro para sorprender, divertir e intrigar al lector con cinco fantasmales relatos, ilustrados por Eugenia Ábalos.

Fantasmas en el cementerio de Vigo, en el valenciano Jardín del Turia, en el conservatorio de Jaén, en una vieja casa en A Coruña e incluso en la Biblioteca Nacional.

Humor, emoción y ectoplasmas en un libro único:
diversión de amplio espectro.



1525258

ISBN 978-84-698-8875-9



9 788469 888759

ANAYA

www.anayainfantilyjuvenil.com